

La acumulación del capital
o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx.
Crítica de las Críticas

Rosa Luxemburg

Edicions internacionals Sedov



I

Habent sua fata libelli: los libros tienen su estrella. Cuando escribía mi *Acumulación del Capital*, me asaltaba de cuando en cuando la idea de que acaso todos los partidarios, un poco teóricamente versados de la teoría marxista, dirían que lo que yo me esforzaba por exponer y demostrar tan concienzudamente en esta obra era una perogrullada; que, en realidad, nadie se había imaginado que la cosa fuese de otro modo y que la solución dada al problema era la única posible e imaginable. Pero no ha sido así. Por la prensa socialdemócrata han desfilado toda una serie de críticos proclamando que la concepción en que descansa mi libro es falsa por completo, que el problema planteado no existía ni tenía razón de ser, y que la autora había sido lastimosamente víctima de una simple equivocación. Más: la publicación de mi libro ha aparecido enlazada con episodios que hay que calificar, por lo menos, de desusados. La “crítica” de la *Acumulación* publicada en el *Vorwärts* de 16 de febrero de 1913 es, por su tono y su contenido, algo verdaderamente extraño, incluso para lectores poco versados en la materia. Tanto más extraño cuanto que la obra criticada encierra un carácter puramente teórico, no polemiza contra ninguno de los marxistas vivos y se mantiene dentro de la más estricta objetividad. Pero por si esto no fuese suficiente, se inició una especie de acción judicial contra cuantos se atrevieron a emitir una opinión favorable acerca del libro, acción en la que el citado órgano central en la prensa (en la cual no habría, además, ni dos redactores que hubiesen leído el libro) se distinguió por su fogoso celo. Y presenciábamos un acontecimiento sin precedente y bastante cómico, además: la redacción en pleno de un periódico político, se puso en pie para emitir un fallo colectivo acerca de una obra puramente teórica y consagrada a un problema no poco complicado de ciencia abstracta, negando toda competencia en materias de economía política a hombres como Franz Mehring y K. Kautsky, para considerar como “entendidos” solamente a aquellos que echaban por tierra el libro.

Que yo recuerde, ninguna publicación del partido había disfrutado jamás de este trato, desde que existe el partido, y no son maravillas, por cierto, todo lo que están publicando, desde hace algunos años, las editoriales socialdemócratas. Lo insólito de todo esto revela bien a las claras que mi obra ha tocado en lo vivo a ciertos sentimientos apasionados que no son precisamente la “ciencia pura”. Pero para poder juzgar sobre el asunto con conocimiento de causa, hay que conocer antes, por lo menos en sus líneas generales, la materia de que se trata.

¿Sobre qué versa este libro tan violentamente combatido? Para el público lector, la materia resulta un tanto árida por el aparato, puramente externo y accidental, de las fórmulas matemáticas que en el libro se emplean con cierta profusión. Estas fórmulas son el blanco principal en las críticas de mi libro, y algunos de los señores críticos se han lanzado, incluso, en su severidad, para darme una lección, a construir fórmulas matemáticas nuevas todavía más complicadas, cuya sola vista infunde pavor al ánimo del simple mortal. Como veremos más adelante, esta predilección de mis “censores” por los esquemas no es un puro azar, sino que está íntimamente ligada a su punto de vista en cuanto al fondo de la cuestión. Sin embargo, el problema de la acumulación es, por sí mismo, un problema de carácter puramente económico, social, no tiene nada que ver con las fórmulas matemáticas y puede exponerse y comprenderse perfectamente sin necesidad de ellas. Cuando Marx, en la sección de *El Capital* en que estudia la reproducción del capital global de la sociedad, emplea esquemas matemáticos, como cien años antes de venir él hiciera Quesnay, el creador de la escuela fisiocrática y de la economía política como ciencia exacta, lo hacía simplemente para facilitar y aclarar la comprensión de lo expuesto. Con ello, tanto uno como otro, trataban también de demostrar, que los hechos de la vida económica dentro de la sociedad burguesa se hallan sujetos, a pesar de su superficie caótica y de hallarse regidos en apariencia por el capricho individual, a leyes tan exactas y rigurosas como los hechos de la naturaleza física. Ahora bien; como mis estudios sobre la acumulación descansaban en las investigaciones de Marx, a la par que se debatían críticamente con ellas, ya que Marx, por lo que se refiere especialmente al problema de la acumulación, no pasa de establecer algunos esquemas y se detiene en los umbrales de su análisis, era lógico que me detuviese a analizar los esquemas marxistas. Por dos razones: porque no iba a eliminarnos caprichosamente de la doctrina de Marx, y porque, además, me importaba precisamente poner de manifiesto la insuficiencia, para mí, de esta argumentación.

Intentemos enfocar aquí el problema en su máxima sencillez, prescindiendo de toda fórmula matemática.

El régimen capitalista de producción está presidido por el interés en obtener ganancia. Para el capitalista, la producción sólo tiene finalidad y razón de ser cuando obtiene de ella, un año con otro, un “beneficio neto”, es decir, una ganancia líquida sobre todos los desembolsos de capital por él realizados. Pero lo que caracteriza a la producción capitalista como ley fundamental y la distingue de todas las demás formas económicas basadas en la explotación, no es simplemente la obtención de ganancias en oro contante y sonante, sino la obtención de ganancias en una progresión cada vez mayor. Para conseguirlo, el capitalista, diferenciándose en esto radicalmente de otros tipos históricos de explotadores, no destina exclusivamente, ni siquiera en primer término, los frutos de su explotación a fines de uso personal, sino a incrementar progresivamente la propia explotación. La parte más considerable de la ganancia obtenida se convierte nuevamente en capital y se invierte en ampliar la producción. De este modo, el capital se incrementa, se “acumula”, para usar la expresión de Marx, y por efecto de esta acumulación, a la par que como premisa, la producción capitalista va extendiéndose continuamente, sin cesar.

Pero, para conseguir esto, no basta con la buena voluntad del capitalista. Se trata de un proceso sujeto a condiciones sociales objetivas, que pueden resumirse del modo siguiente.

Ante todo, para que la explotación pueda desarrollarse, es necesario que exista fuerza de trabajo en proporción suficiente. El capital se cuida de hacer que esta condición se dé, gracias al propio mecanismo de este régimen de producción, tan pronto como cobra auge en la historia y se consolida más o menos. Lo hace de dos modos: 1º, permitiendo a los obreros asalariados a quienes da empleo que subsistan, bien o mal, mediante el salario que perciben, y que se multipliquen por medio de la procreación natural; 2º, creando, con la proletarización constante de las clases medias y con la competencia que supone para los obreros asalariados la implantación del maquinismo en la gran industria, un ejército de reserva del proletariado industrial, disponible siempre para sus fines.

Cumplida esta condición; es decir, asegurada, bajo la forma de proletariado, la existencia de material de explotación disponible en todo momento, y regulado el mecanismo de la explotación por el propio sistema del asalariado, surge una nueva condición básica para la acumulación del capital: la posibilidad de vender, cada vez en mayor escala, las mercancías fabricadas por los obreros asalariados, para de este modo convertir en dinero el capital desembolsado por el propio capitalista y la plusvalía estrujada a la fuerza de trabajo. “Condición primera de la acumulación es que el capitalista consiga vender sus mercancías, volviendo a convertir en capital la mayor parte del dinero obtenido de este modo.” (*El Capital*, I, Sección 7, Introducción¹) Por tanto, para que la acumulación se desarrolle como proceso ascensional ha de darse la posibilidad de encontrar salida a las mercancías en una escala cada vez mayor. Como hemos visto, el propio capital se encarga de crear lo que constituye la condición fundamental de la acumulación. En el volumen primero de *El Capital*, Marx analiza y describe minuciosamente este proceso. Ahora bien, ¿en qué condiciones son realizables los frutos de esta explotación? ¿cómo encuentran salida en el mercado? ¿de qué depende esto? ¿reside acaso en la fuerza del capital o en la esencia de su mecanismo de producción la posibilidad de ampliar el mercado en la medida de sus necesidades, del mismo modo que adapta a éstas el censo de las fuerzas de trabajo? No, en absoluto. Aquí se manifiesta la subordinación del capital a las condiciones sociales. A pesar de todo lo que le distingue radicalmente de otras formas históricas de producción, el régimen capitalista tiene de común con todas ellas el que, en última instancia, aunque subjetivamente no tenga más designio fundamental que el deseo de obtener ganancia, tiene que satisfacer objetivamente las necesidades de la sociedad, sin que pueda conseguir aquel designio subjetivo más que en la medida en que cumpla esta misión objetiva. Las mercancías capitalistas sólo encuentran salida en el mercado y la ganancia que atesoran sólo puede convertirse en dinero siempre y cuando que estas mercancías satisfagan una necesidad social. Por consiguiente, el ascenso constante de la producción capitalista, es decir, la constante acumulación del capital, se halla vinculada al incremento y desarrollo no menos constante de las necesidades sociales.

¹ Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1972, página 474 (N d E).

Pero ¿qué entendemos por necesidades sociales? ¿Cabe precisar y definir de un modo concreto este concepto, cabe medirlo, o tenemos que contentarnos con esta vaguedad e imprecisión?

Si enfocamos las cosas tal y como se nos presentan a primera vista en la superficie de la vida económica, en la vida diaria, es decir, desde el punto de vista del capitalista individual, este concepto es, evidentemente, indefinible. Un capitalista produce y vende, por ejemplo, máquinas. Sus clientes son otros capitalistas, que le compran las máquinas para producir con ellas capitalistamente otras mercancías. Por tanto, aquél venderá tantas más mercancías de las que produce cuanto más amplíen éstos su producción; podrá, por tanto, acumular tanto más rápidamente cuanto mayor sea la celeridad con que acumulen los otros, en sus respectivas ramas de producción. Aquí, en este ejemplo, “la necesidad social” a que tiene que atenerse nuestro capitalista es la demanda de otros capitalistas, y el desarrollo de su producción tiene por premisa el desarrollo de la de éstos. Otro produce y vende víveres para los obreros. Este venderá tanto más y, por consiguiente, acumulará tanto más capital cuantos más obreros trabajen para otros capitalistas (y para él), o, dicho en otros términos, cuanto más produzcan y acumulen otros capitalistas. Pero ¿de qué depende el que los “otros” puedan ampliar sus industrias? Depende, evidentemente, de que “estos” capitalistas, los productores de máquinas o víveres, por ejemplo, les compren sus mercancías en una escala cada vez mayor. Como se ve, a primera vista, la “necesidad social” de la que depende la acumulación de capital, parece residir en esta misma, en la misma acumulación del capital. Cuanto más acumule el capital, tanto más acumula: a esto, a esta perogrullada, o a este círculo vicioso, conduce el examen superficial del problema. No hay manera de ver dónde reside el punto de arranque, el impulso inicial. No hacemos más que dar vueltas a la noria y el problema se nos va de las manos. Tal es lo que ocurre si lo enfocamos desde el punto de vista de las apariencias del mercado, es decir, desde el punto de vista del capital individual, esta plataforma predilecta del economista vulgar.²

Pero la cosa cambia y adquiere fisonomía y perfil seguro tan pronto como enfoquemos la producción capitalista en su conjunto, desde el punto de vista del capital total, que es, en última instancia, el único criterio seguro y decisivo. Este es, en efecto, el criterio que Marx aplica y desarrolla por primera vez sistemáticamente en el segundo volumen de *El Capital*, pero que sirve de base a toda su teoría. En realidad, la autarquía privada de los capitales aislados no es más que la forma externa, la apariencia superficial de la vida económica, apariencia que el economista vulgar confunde con la realidad de las cosas, erigiéndola en fuente única de conocimiento. Por debajo de esta apariencia superficial, y por encima de todos los antagonismos de la competencia, está el hecho indestructible de que los capitales aislados forman socialmente un todo y de que su existencia y su dinámica se rigen por leyes sociales comunes, aunque éstas tengan que imponerse, por la falta de plan y la anarquía del sistema actual, a espaldas del capitalista individual y contra su conciencia, a fuerza de rodeos y desviaciones.

Si enfocamos la producción capitalista como un todo, veremos que las necesidades sociales son también una magnitud tangible, fácil de definir.

Imaginémonos que todas las mercancías producidas en la sociedad capitalista al cabo de un año se reuniesen en un sitio, apiladas en un gran montón, para aplicarlas en bloque a la sociedad. En seguida veremos cómo esta masa de mercancías se va convirtiendo, como la cosa más natural del mundo, en toda una serie de porciones de distinta clase y finalidad.

En todo tipo de sociedad y en todo tiempo, la producción tiene que atender, de un modo o de otro, a dos cometidos. En primer lugar, a alimentar, vestir y satisfacer, bien o mal, mediante objetos materiales, las necesidades físicas y culturales de la sociedad; es decir, para resumir, a producir medios de vida, en el sentido más amplio de esta palabra, para todas las capas de la población. En segundo lugar, para asegurar la continuación de la sociedad y, por tanto, su

² Sirva de ejemplo de lo que son estos economistas el crítico de mi libro en el Vorwärts: G. Eckhstein, quien después de prometer al lector con gran suficiencia, al comienzo de su artículo, que le adoctrinará acerca de lo que son las necesidades sociales, no hace más que dar vueltas alrededor del rabo, como el gato, sin moverse del sitio, para acabar por decir que la cuestión “no es tan sencilla ni tan fácil”. Y es verdad. Es mucho más fácil y más sencillo estampar unas cuantas frases insustanciales.

propia persistencia, toda forma de producción tiene que reponer constantemente los medios de producción consumidos: materias primas, herramientas e instrumentos de trabajo, fábricas y talleres, etc. Sin la satisfacción de estas dos necesidades primarias y elementales de toda sociedad humana, no se concebirían el desarrollo de la cultura ni el progreso. Y la producción capitalista tiene que atender también, pese a toda la anarquía que en ella reina y todos los intereses de obtención de ganancia que en ella se cruzan, a estos dos requisitos elementales.

Por tanto, en ese montón inmenso de mercancías capitalistas que nos hemos imaginado, encontraremos ante todo una porción considerable de mercancías destinadas a reponer los medios de producción consumidos durante el año anterior. Entre éstas se cuentan las nuevas materias primas, máquinas, edificios, etc. (lo que Marx llama “capital constante”), que los diversos capitalistas producen los unos para los otros en sus industrias y que necesariamente tienen que cambiarse entre sí para que la producción pueda funcionar en la escala que venía teniendo hasta allí. Y como (según el supuesto de que partimos) son las propias industrias capitalistas las que suministran todos los medios de producción necesarios para el proceso de trabajo de la sociedad, nos encontramos con que este intercambio de mercancías en el mercado capitalista es, como si dijésemos, un asunto de régimen interno, una incumbencia doméstica de los productores entre sí. El dinero necesario para mantener en marcha este intercambio de mercancías en todos sus aspectos sale, naturalmente, de los bolsillos de la propia clase capitalista (puesto que todo empresario tiene que disponer de antemano del capital necesario para alimentar su industria) y retorna, por supuesto, después de efectuarse el intercambio en el mercado, a esos mismos bolsillos.

Como aquí nos limitamos a suponer que los medios de producción se reponen en la misma escala de antes, resultará que todos los años será necesaria la misma suma de dinero para permitir periódicamente a todos los capitalistas que se provean unos a otros de medios de producción y que el capital invertido vuelva a sus bolsillos después de algún tiempo.

Pero en la masa capitalista de mercancías tiene que contenerse también, como en toda sociedad, una parte muy considerable destinada a ofrecer medios de vida a la población. Ahora bien, ¿cómo se distribuye la población en la sociedad capitalista, y cómo obtiene sus medios de vida? Dos formas fundamentales caracterizan al régimen capitalista de producción. La primera es el intercambio general de mercancías, lo cual quiere decir, en este caso, que ningún individuo de la población recibe de la masa social de mercancías ni lo más mínimo si a cambio no entrega dinero, medios de compra para adquirirlo. La segunda es el sistema capitalista del salariado, es decir, un régimen en que la gran masa del pueblo trabajador sólo obtiene medios de compra para la adquisición de mercancías entregando su fuerza de trabajo al capital y en que la clase poseedora sólo consigue medios de vida explotando esta relación. Por donde la producción capitalista, por el mero hecho de existir, presupone, como premisa, la existencia de dos grandes clases de población: capitalistas y obreros, clases de población radicalmente distintas la una de la otra en lo que al aprovisionamiento de medios de vida se refiere. Por muy indiferente que sea la vida del obrero para el capitalista, los obreros tienen que recibir, por lo menos, el alimento indispensable para que su fuerza de trabajo pueda desplegarse al servicio del capital y para que éste tenga en ella la posibilidad de proseguir la explotación. Por tanto, la clase capitalista asigna a los obreros todos los años una parte de la masa total de mercancías elaboradas por éstos, la parte de medios de vida estrictamente indispensable para servirse de ellos en la producción. Los obreros adquieren estas mercancías con los salarios que sus patronos les entregan en forma de dinero. Por medio del intercambio, la clase obrera percibe, pues, de la clase capitalista todos los años, por la venta de su fuerza de trabajo, una determinada suma de dinero, que, a su vez, cambia por una cantidad de víveres y medios de vida, salida de esa masa social de mercancías que es propiedad de los capitalistas, cantidad que varía según su nivel cultural y la pujanza de la lucha de clases. Como se ve, el dinero, que sirve de mediador para este segundo gran intercambio de la sociedad, sale también de los bolsillos de la clase capitalista: el capitalista, para poner en marcha su empresa, tiene que adelantar el que Marx llama “capital variable”, o sea, el capital en dinero, necesario para comprar la fuerza de trabajo. Pero este dinero, tan pronto como los obreros compran todos sus víveres y medios de vida (como están obligados a hacer para su propio sustento y el de su familia), vuelve, al céntimo, al bolsillo de los capitalistas como clase. No en vano son industriales capitalistas los que venden a los obreros, como mercancías, sus medios de subsistencia. Veamos ahora qué ocurre con el consumo de los propios capitalistas. Los medios

de consumo de la clase capitalista le pertenecen ya a ella, como masa de mercancías, antes de iniciarse el intercambio, y le pertenecen por virtud del régimen capitalista, según el cual, todas las mercancías sin distinción (con excepción de una sola: la fuerza de trabajo) vienen al mundo como propiedad del capital. Pero estos medios de vida “más escogidos” nacen, precisamente, por ser mercancías, como propiedad de toda una serie de capitalistas individuales aislados, es decir, como propiedad privada de cada capitalista individual. Por eso, para que la clase capitalista pueda disfrutar la masa de víveres y medios de consumo que le corresponde, tiene que mediar (como tratándose del capital constante) un intercambio permanente y general entre los capitalistas todos. Este intercambio social tiene también por agente el dinero, y las cantidades necesarias para estas atenciones han de ser puestas en circulación, como en los otros casos, por los mismos capitalistas, toda vez que se trata, como en la renovación del capital constante, de una incumbencia de carácter interno, doméstico, de la clase capitalista. Y estas sumas de dinero retornan igualmente, efectuado el intercambio, a los bolsillos de la clase capitalista, de la que salieron.

El mismo mecanismo de la explotación capitalista, que regula todo el régimen del salariado, se cuida de que todos los años se fabrique la cantidad necesaria de medios de consumo con el lujo exigido por los capitalistas. Si los obreros sólo produjesen los medios de consumo necesarios para su propia conservación, darles trabajo no tendría razón de ser para el capital. Esto sólo tiene sentido, desde el punto de vista capitalista, a partir del momento en que el obrero, después de cubrir sus propias necesidades, a las que corresponde el salario, asegura también la vida de sus “protectores”, es decir, crea, para emplear la expresión de Marx, “plusvalía” para el capitalista. Entre otras cosas, esta plusvalía sirve para que la clase capitalista viva, como las demás clases explotadoras que la precedieron en la historia, con la holgura y el lujo que apetece. Conseguido esto, a los capitalistas no les resta más que atender, distribuyéndose mutuamente las correspondientes mercancías y preparando el dinero necesario para ello, a la dura y ascética existencia de su clase y a su natural perpetuación.

Con esto, hemos separado de nuestra gran masa social de mercancías dos categorías considerables: medios de producción, destinados a renovar el proceso de trabajo, y medios de vida, destinados a asegurar el sustento de la población, o sea, de la clase obrera, de una parte, y de otra de la clase capitalista.

Habrá quien piense, sin duda, que esto que hemos venido exponiendo hasta aquí no es más que una fantasmagoría. ¿Qué capitalista sabe hoy ni se preocupa tampoco de saber cuánto ni qué hace falta para reponer el capital global de la sociedad, ni para alimentar a toda la clase obrera y a toda la clase capitalista en bloque? Lejos de ello, hoy todo industrial produce en una competencia ciega con los demás, y ninguno de ellos ve más allá de sus propias narices. Sin embargo, en el fondo de todo este caos de la competencia y de la anarquía hay, evidentemente, normas invisibles que se imponen; necesariamente tiene que haberlas, pues de otro modo ya hace mucho tiempo que la sociedad capitalista se habría derrumbado. Y la economía política, en cuanto ciencia, no tiene más razón de ser, ni la teoría marxista persigue tampoco, conscientemente, otro designio que descubrir esas leyes ocultas que ponen orden y armonía en el caos de las economías privadas, imprimiéndoles unidad social. Estas leyes objetivas invisibles de la acumulación capitalista (acumulación de capital mediante el incremento progresivo de la producción) son las que tenemos que investigar aquí. El hecho que estas leyes que ponemos de manifiesto aquí no presidan la conducta consciente de los capitales aislados puestos en acción; el hecho que en la sociedad capitalista no exista, en realidad, un órgano general de dirección llamado a fijar y a poner en práctica estas leyes con plena conciencia de su misión, sólo quiere decir que la producción actual camina como un ciego, por tanteos, y cumple con su cometido a fuerza de producir poco o demasiado, abriéndose paso a través de toda una serie de oscilaciones de precios y de crisis. Pero estas oscilaciones de precios y estas crisis tienen, si bien se mira, una razón de ser para la sociedad, enfocada en conjunto, puesto que son las que encauzan a cada paso la producción privada caótica y descarrilada dentro de los derroteros perdidos, evitando que se estrelle. Así, pues, cuando aquí, siguiendo las enseñanzas de Marx, intentamos trazar a grandes rasgos la relación entre la producción capitalista en conjunto y las necesidades sociales, prescindimos de los métodos específicos (oscilaciones de precios y crisis) con que el capitalismo regula aquella relación, para mirar el fondo del problema.

Hemos visto que de la gran masa social de mercancías salen dos grandes porciones: aquellas a que nos hemos venido refiriendo. Pero esto no basta ni puede bastar. Si la explotación de los obreros no tuviese más finalidad que asegurar a sus explotadores una vida de opulencia, la sociedad actual sería una especie de sociedad esclavista modernizada o de feudalismo medieval puesto al día, y no la sociedad capitalista en que vivimos. La razón de ser vital y la misión específica de este tipo de sociedad es la ganancia en forma de dinero, la acumulación de capital-dinero. Por tanto, el verdadero sentido histórico de la producción actual comienza allí donde la explotación rebasa aquella línea. La plusvalía, además de bastar para atender a la existencia “digna” de la clase capitalista, tiene que ser lo suficientemente holgada para que pueda destinarse una parte de ella a la acumulación. Más: esta finalidad primordial es tan decisiva, que los obreros sólo encuentran trabajo, y por tanto posibilidades para procurarse medios de consumo, en la medida en que creen este beneficio destinado a la acumulación y las perspectivas sean propicias a que pueda acumularse, real y verdaderamente, en forma de dinero.

Por consiguiente, en nuestro imaginario stock general de mercancías de la sociedad capitalista tiene que contenerse, además de las dos porciones conocidas, una tercera que no se destine ni a reponer los medios de producción consumidos ni a mantener a los capitalistas y a los obreros. Una porción de mercancías que encierre esa parte inapreciable de la plusvalía arrancada a los obreros, en la que reside, como decimos, la razón de ser vital del capitalismo: la ganancia destinada a la capitalización, a la acumulación. ¿Qué clase de mercancías son éstas y quién ofrece demanda para ellas en la sociedad, es decir, quién se las toma a los capitalistas, permitiéndoles, por fin, embolsarse en dinero contante y sonante la parte primordial de la ganancia?

Con esto, tocamos al verdadero nervio del problema de la acumulación, y hemos de examinar todas las tentativas que se han hecho para resolverlo.

¿Puede partir esa demanda de los obreros, a quienes se destina la segunda porción de mercancías del stock social? Sabemos que los obreros no poseen más medios de compra que aquellos que les suministran los industriales en forma de salario, salario que les permite adquirir la parte del producto global de la sociedad estrictamente indispensable para vivir. Agotado el salario, no pueden consumir ni un céntimo más de mercancías capitalistas, por muchas y grandes que sean sus necesidades. Además, la aspiración y el interés de la clase capitalista tienden a medir esta parte del producto global de la sociedad consumida por los obreros y los medios de compra destinados a ello, no con esplendidez precisamente, sino, por el contrario, con la máxima estrechez. Pues, desde el punto de vista de los capitalistas como clase (y es muy importante tener en cuenta este punto de vista y no confundirlo con las ideas más o menos confusas que pueda formarse un capitalista individual), los obreros no son, para el capitalismo, compradores de mercancías, “clientes” como otros cualesquiera, sino simplemente fuerza de trabajo, cuya manutención a costa de una parte de su producto constituye una triste necesidad, necesidad que hay que reducir, naturalmente, al mínimo socialmente indispensable.

¿Acaso puede partir de los propios capitalistas la demanda para esta última porción de su masa social de mercancías, extendiendo el radio de su consumo privado? La cosa sería, por sí misma, factible, a pesar de que el lujo de la clase dominante, y no sólo el lujo, sino los caprichos y fantasías de todo género, dejan ya poco que desear. Pero, si los capitalistas se gastasen alegremente la plusvalía íntegra estrujada a sus obreros, la acumulación caería por su base. La sociedad moderna retrocedería (retroceso totalmente fantástico, desde el punto de vista del capital) a una especie de sociedad esclavista o de feudalismo modernizados. Y lo que puede ocurrir y a veces se pone en práctica con todo celo es lo contrario precisamente: la acumulación capitalista con formas de explotación propias de la esclavitud o de la servidumbre de la gleba perduró hasta después de mediados del siglo pasado en los Estados Unidos, y puede observarse todavía hoy en Alemania y en distintas colonias de ultramar. Pero el caso opuesto, o sea, la forma moderna de la explotación, el asalariado libre, combinado con la disipación trasnochada, antigua o feudal, de la plusvalía, olvidando la acumulación, sería un delito contra el espíritu santo del capitalismo y es sencillamente inconcebible. Volvemos a encontrarnos aquí, evidentemente, con que no coinciden, ni mucho menos, el punto de vista del capital global con el de los capitalistas individuales. Para éstos, el lujo de los “grandes señores”, por ejemplo,

constituye una apetecible dilatación de la demanda, y por tanto una magnífica y nada despreciable ocasión para acumular. En cambio, para los capitalistas todos como clase, la dilapidación de toda la plusvalía en forma de lujo sería una locura, un suicidio económico, ya que supondría matar de raíz la acumulación.

¿De dónde, pues, pueden salir los compradores, los consumidores para esa porción social de mercancías sin cuya venta no sería posible la acumulación? Hasta ahora, hay una cosa clara, y es que esos consumidores no pueden salir de la clase obrera ni de la clase capitalista.

¿Pero es que en la sociedad no hay toda una serie de sectores, los empleados, los militares, el clero, los intelectuales, los artistas, etc., que no cuentan entre los capitalistas ni entre los obreros? ¿Acaso todos estos sectores de la población no tienen que atender también a sus necesidades de consumo? ¿No serán ellos los consumidores que buscamos para el remanente aludido de mercancías? Desde luego, para el capitalista individual, indudablemente. Pero la cosa cambia si enfocamos a todos los capitalistas como clase, si tenemos en cuenta, no los capitales aislados, sino el capital global de la sociedad. En la sociedad capitalista, todos esos sectores y profesiones a que aludimos no son, económicamente considerados, más que apéndices o satélites de la clase capitalista. Si investigamos de dónde salen los recursos de los empleados, militares, clero, artistas, etc., veremos que salen en parte del bolsillo de los capitalistas y en parte (por medio del sistema de los impuestos indirectos) de los salarios de la clase obrera. Por tanto, estos sectores no cuentan ni pueden contar, económicamente considerados, para el capital global de la sociedad como clase especial de consumidores, ya que no poseen potencia adquisitiva propia, hallándose comprendidos ya en el consumo de las dos grandes masas: los capitalistas y los obreros.

Por el momento, no vemos, pues, de dónde pueden salir los consumidores, los clientes para dar salida a esta última porción de mercancías, sin cuya venta no hay acumulación posible.

Y es lo cierto que la solución del problema no puede ser más sencilla. Tal vez nos esté ocurriendo lo de aquel jinete que buscaba desesperadamente el caballo que montaba. ¿Acaso no serán también los capitalistas los consumidores recíprocos de este resto de mercancías a las que buscamos salida, no para comérselas, ciertamente, sino para ponerlas al servicio de la nueva producción, al servicio de la acumulación? Pues, ¿qué es la acumulación sino el incremento de la producción capitalista? Ahora bien, para esto sería necesario que aquellas mercancías no fuesen precisamente artículos de lujo destinados al consumo privado de los capitalistas, sino medios de producción de todo género (nuevo capital constante) y medios de consumo para la clase trabajadora.

Está bien. Pero el caso es que semejante solución no haría más que aplazar la dificultad por unos momentos. En efecto, concedido que la acumulación se ponga en marcha y que, al año siguiente, la producción incrementada arroje al mercado una masa mucho mayor de mercancías que la del año actual, surge esta cuestión: ¿dónde encontrar, *cuando ese momento llegue*, la salida para esta masa de mercancías acrecentadas?

Acaso se contestará que esta masa acrecentada de mercancías volverá a ser consumida al año siguiente por el intercambio mutuo entre los capitalistas, empleándose por todos ellos para acrecentar nuevamente la producción, y así sucesivamente, de un año para otro. Pero esto no sería más que un tiovivo que giraría en el vacío sin cesar. Esto no sería acumulación capitalista, es decir, acumulación de capital-dinero, sino todo lo contrario: producir mercancías simplemente por producirlas, lo que desde el punto de vista capitalista constituye el más completo absurdo. Si llegamos a la conclusión que los capitalistas, considerados como clase, son siempre los consumidores de sus propias mercancías, de su masa global de mercancías (prescindiendo de la parte que necesariamente tienen que asignar a la clase obrera para su conservación), si son ellos siempre los que se compran a sí mismos las mercancías producidas con su propio dinero y los que tienen que convertir en oro de este modo la plusvalía que encierran aquéllas, ello equivaldrá a reconocer que el incremento de las ganancias, la acumulación por parte de la clase capitalista es un hecho imposible.

Para que pueda haber acumulación, necesariamente tienen que existir clientes distintos para la porción de mercancías que contienen la ganancia destinada a la acumulación, clientes que

tengan de fuente propia sus medios adquisitivos y no necesiten ir a buscarlos al bolsillo de los capitalistas, como ocurre con los obreros o con los colaboradores del capital: funcionarios públicos, militares, clero y profesiones liberales. Ha de tratarse, pues, de clientes que obtengan sus medios adquisitivos como fruto de un intercambio de mercancías, y por tanto de una producción de mercancías, que se desarrolle el margen de la producción capitalista; ha de tratarse, en consecuencia, de productores cuyos medios de producción no tengan la categoría de capital y a quienes no pueda incluirse en ninguna de las dos categorías de capitalistas y obreros, aunque, por unas razones o por otras, brinden un mercado a las mercancías del capitalismo.

¿Quiénes pueden ser estos clientes? En la sociedad actual, no hay más clases ni más sectores sociales que los obreros y los capitalistas con toda su cohorte de parásitos.

Hemos llegado al nervio del problema. En el volumen segundo de *El Capital*, Marx parte, como en el primer volumen, del supuesto que la producción capitalista es la forma única y exclusiva de producción. En el volumen primero dice: "Aquí, hacemos caso omiso del comercio de exportación, por medio del cual un país puede cambiar artículos de lujo por medios de producción y de vida, o viceversa. Para enfocar el objeto de nuestra investigación en toda su pureza, libre de todas las circunstancias concomitantes que puedan empañarlo, tenemos que enfocar aquí todo el mundo comercial como si fuese un sola nación y admitir que la producción capitalista se ha instaurado ya en todas partes y se ha adueñado de todas las ramas industriales sin excepción."³ Y en el volumen segundo: "Pues aquí sólo existen dos clases: la clase obrera, que no dispone más que de su fuerza de trabajo, y la clase capitalista, monopolizadora tanto de los medios de producción como de dinero."⁴ Es evidente que, bajo estas condiciones, en nuestra sociedad no existen más que capitalistas, con todo su séquito, y proletarios asalariados; es inútil que queramos descubrir otras capas sociales, otros productores y consumidores de mercancías. Y si es así, nos encontramos con que la acumulación capitalista se enfrenta, como me he esforzado en demostrar, con ese problema insoluble en el que hemos tropezado.

Ya podemos girarnos hacia donde queramos; mientras reconozcamos que en la sociedad actual no hay más clases que la capitalista y la obrera, los capitalistas, considerados como clase, se verán en la imposibilidad de deshacerse de las mercancías sobrantes para convertir la plusvalía en dinero y poder de este modo acumular capital.

Pero el supuesto de que parte Marx no es más que una simple premisa teórica, que él sienta para facilitar y simplificar la investigación. En realidad, la producción capitalista no es, ni mucho menos, régimen único y exclusivo, como todo el mundo sabe y como el mismo Marx recalca de vez en cuando en su obra. En todos los países capitalistas, incluso en aquellos de industria más desarrollada, quedan todavía, junto a las empresas capitalistas agrícolas e industriales, numerosas manifestaciones de tipo artesano y campesino, basadas en el régimen de la producción simple de mercancías. En la misma Europa existen todavía, al lado de los viejos países capitalistas, otros en que predominan aún de un modo muy considerable, como acontece en Rusia, los países balcánicos y escandinavos y España, este tipo de producción artesana y campesina. Y, finalmente, junto a los países capitalistas de Europa y Norteamérica, quedan todavía continentes enormes en los que la producción capitalista sólo empieza a manifestarse en unos cuantos centros dispersos, presentando en la inmensidad de su superficie las más diversas formas económicas, desde el comunismo primitivo hasta el régimen feudal, campesino y artesano. Y todas estas formas de sociedad y de producción no sólo coexisten o han coexistido con el capitalismo, en pacífica convivencia dentro del espacio, sino que desde los comienzos de la era capitalista se establece entre ellas y el capitalismo europeo un intenso proceso de intercambio de carácter muy particular. La producción capitalista, como auténtica producción de masas que es, no tiene más remedio que buscar clientela en los sectores campesinos y artesanos de los países viejos y en los consumidores del resto del mundo, a la par que no puede tampoco desenvolverse técnicamente sin contar con los productos (medios de producción y de consumo) de todos estos sectores y países. Así se explica que, desde los primeros momentos se desarrollase entre la producción capitalista y el medio no capitalista que la envolvía un proceso de intercambio en que el capital, al mismo

³ Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1972, página 489, nota 2 a pie de página (N d E).

⁴ Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 375 (N d E).

tiempo que encontraba la posibilidad de realizar en dinero contante su plusvalía, para los fines de su capitalización intensiva, se aprovisionaba de las mercancías necesarias para desarrollar su propia producción, y, finalmente, se abría paso para la conquista de nuevas fuerzas de trabajo proletarizadas, mediante la descomposición de todas aquellas formas de producción no capitalistas.

Pero esto no es más que el contenido económico escueto del proceso a que nos referimos. En su forma concreta de manifestarse en la realidad, este fenómeno forma el proceso histórico del desarrollo del capitalismo en la escena mundial con toda su variedad agitada y multiforme.

En efecto, el intercambio del capital con los medios no capitalistas empieza tropezando con todas las dificultades propias de la economía natural, con el régimen social tranquilo y seguro, y las necesidades restringidas de una economía campesina patriarcal y de una sociedad de artesanado. Para resolver estas dificultades, el capital acude a "remedios heroicos", echa mano del hacha del poder político. En la misma Europa, su primer gesto es derribar revolucionariamente la economía natural del feudalismo. En los países de ultramar, su primer gesto, el acto histórico con que nace el capital y que desde entonces no deja de acompañar ni un solo momento a la acumulación, es el sojuzgamiento y el aniquilamiento de la comunidad tradicional. Con la ruina de aquellas condiciones primitivas, de economía natural, campesinas y patriarcales de los países viejos, el capitalismo europeo abre la puerta al intercambio de la producción de mercancías, convierte a sus habitantes en clientes obligados de las mercancías capitalistas, y acelera, al mismo tiempo, en proporciones gigantescas, su proceso de acumulación, desfalcando de un modo directo y descarado los tesoros naturales y las riquezas atesoradas por los pueblos sometidos a su yugo. Desde comienzos del siglo XIX estos métodos se desarrollan paralelamente con la exportación del capital acumulado de Europa a los países no capitalistas del resto del mundo, donde, sobre un nuevo campo, sobre las ruinas de las formas indígenas de producción, conquistan nuevos clientes para sus mercancías y, por tanto, nuevas posibilidades de acumulación.

De este modo, mediante este intercambio con sociedades y países no capitalistas, el capitalismo va extendiéndose más y más, acumulando capitales a costa suya, al mismo tiempo que los corroe y los desplaza para suplantarlos. Pero cuantos más países capitalistas se lanzan a esta caza de zonas de acumulación y cuanto más van escaseando las zonas no capitalistas susceptibles de ser conquistadas por los movimientos de expansión del capital, más aguda y rabiosa se hace la competencia entre los capitales, transformando esta cruzada de expansión en la escena mundial en toda una cadena de catástrofes económicas y políticas, crisis mundiales, guerras y revoluciones.

De este modo, el capital va preparando su bancarrota por dos caminos. De una parte, porque, al expansionarse a costa de todas las formas no capitalistas de producción, camina hacia el momento en que toda la humanidad se compondrá exclusivamente de capitalistas y proletarios asalariados, haciéndose imposible, por tanto, toda nueva expansión y, como consecuencia de ello, toda acumulación. De otra parte, en la medida en que esta tendencia se impone, el capitalismo va agudizando los antagonismos de clase y la anarquía política y económica internacional en tales términos, que, mucho antes de que se llegue a las últimas consecuencias del desarrollo económico, es decir, mucho antes de que se imponga en el mundo el régimen absoluto y uniforme de la producción capitalista, sobrevendrá la rebelión del proletariado internacional, que acabará necesariamente con el régimen capitalista.

Tal es, en síntesis, el problema y su solución, como yo los veo. Parecerá a primera vista que se trata de una sutileza puramente teórica. Sin embargo, la importancia práctica del problema es bien evidente. Esta importancia práctica reside en sus conexiones íntimas con el hecho más destacado de la vida política actual: el imperialismo. Las características típicas externas del período imperialista, la lucha reñida entre los estados capitalistas por la conquista de colonias y órbitas de influencia y posibilidades de inversión para los capitales europeos, el sistema internacional de empréstitos, el militarismo, los fuertes aranceles protectores, la importancia predominante del capital bancario y de los consorcios industriales en la política mundial, son hoy hechos del dominio general. Y su íntima conexión con la última fase del desarrollo capitalista, su importancia para la acumulación del capital, son tan evidentes, que los conocen y reconocen abiertamente tanto los defensores como los adversarios del imperialismo. Pero los

socialistas no pueden limitarse a este reconocimiento puramente empírico. Para ellos, es obligado investigar y descubrir con toda exactitud las leyes económicas que rigen estas relaciones, las verdaderas raíces de ese grande y abigarrado complejo de fenómenos que forma el imperialismo. En éste como en tantos otros casos, no podremos luchar contra el imperialismo con la seguridad, la claridad de miras y la decisión indispensables en la política del proletariado, si antes no enfocamos el problema en sus raíces con una absoluta claridad teórica. Antes de aparecer *El Capital* de Marx, los hechos característicos de la explotación, del plusvalía y de la ganancia eran sobradamente conocidos. Pero fueron la teoría exacta y precisa de la plusvalía y de su formación, la teoría de la ley del salario y del ejército industrial de reserva, cimentadas por Marx sobre la base de su teoría del valor, las que sentaron la práctica de la lucha de clases sobre la base firme, férrea, en que se desarrolló hasta la guerra mundial el movimiento obrero alemán y, siguiendo sus huellas, el movimiento obrero internacional. Ya se sabe que la teoría por sí sola no basta y que, a veces, con la mejor de las teorías, puede seguirse la más lamentable de las prácticas; la bancarrota de la socialdemocracia alemana lo demuestra de un modo muy elocuente. Pero esta bancarrota no ha sobrevenido precisamente por culpa de la conciencia teórica marxista, sino a pesar de ella, y el único camino para remediarla es volver a poner la realidad del movimiento obrero en consonancia y al unísono con su teoría. La orientación general de la lucha de clases, y su planteamiento en un campo especial e importante de problemas, sólo pueden tener un cimiento firme que sirva de trinchera a nuestras posiciones en la teoría marxista, en los tesoros tantas veces inexplorados de las obras fundamentales de Marx.

Que las raíces económicas del imperialismo residen, de un modo específico, en las leyes de la acumulación del capital, debiendo ponerse en concordancia con ellas, es cosa que no ofrece lugar a dudas, ya que el imperialismo no es, en términos generales, según demuestra cualquier apreciación empírica vulgar, más que un método específico de acumulación. Ahora bien, ¿cómo es posible esto si nos atenemos cerradamente al supuesto de que parte Marx en el volumen segundo de *El Capital*, al supuesto de una sociedad basada exclusivamente en la producción capitalista y en que, por tanto, la población se divide toda ella en capitalistas y obreros asalariados?

Cualquiera que sea la explicación que se dé de los resortes económicos e internos del imperialismo, hay una cosa que es desde luego clara y que todo el mundo conoce, y es que la esencia del imperialismo consiste precisamente en extender el capitalismo de los viejos países capitalistas a nuevas zonas de influencia y en la competencia de estas zonas nuevas. Ahora bien; en el volumen segundo de su *El Capital*, Marx supone, como hemos visto, que el mundo entero forma ya “una nación capitalista”, habiendo sido superadas todas las demás formas de economía y de sociedad. ¿Cómo explicar, pues, la existencia del imperialismo en una sociedad como ésta, en que no existe margen alguno para su desarrollo?

Al llegar aquí, he creído que era obligada la crítica. El admitir teóricamente una sociedad exclusivamente compuesta de capitalistas y obreros es un supuesto perfectamente lícito y natural cuando se persiguen determinados fines de investigación (como acontece en el volumen primero de *El Capital*, con el análisis de los capitales individuales y de sus prácticas de explotación en la fábrica), pero a mí me parecía que resultaba inoportuno y perturbador enfocar el problema de la acumulación del capital social en bloque. Como esté fenómeno refleja el verdadero proceso histórico de la evolución capitalista, yo entendía que era imposible estudiarlo sin tener presentes todas las condiciones de esta realidad histórica. La acumulación del capital, concebida como proceso histórico, se abre paso, desde el primer día hasta el último, en un medio de formaciones capitalistas de la más varia especie, debatiéndose políticamente con ellas en lucha incesante y estableciendo con ellas también un intercambio económico permanente. Y si esto es así, ¿cómo podría enfocarse acertadamente este proceso y las leyes de su dinámica interna aferrándose a una ficción teórica muerta, para la que no existen aquel medio ambiente, aquella lucha, ni aquel intercambio?

Me parecía que, planteadas así las cosas, la fidelidad a la teoría de Marx exigía precisamente apartarse de la premisa sentada en el volumen primero de *El Capital*, tan indicada y tan fructífera allí para plantear el problema de la acumulación, concebida como proceso global, sobre la base concreta del intercambio entre el capital y el medio histórico que le rodea. Haciéndolo así, la explicación del proceso se deriva, a mi juicio, de las enseñanzas

fundamentales de Marx y se halla en perfecta armonía con el resto de su obra económica maestra, sin que para armonizarlo con ella haya que forzar nada.

Marx plantea el problema de la acumulación del capital global, pero sin llegar a darle una solución. Es cierto que empieza sentando como premisa de su análisis la de aquella sociedad puramente capitalista, pero sin desarrollar completamente el análisis sobre esta base, antes bien, interrumpiéndolo precisamente cuando llegaba a este problema cardinal. Para ilustrar sus ideas, traza algunos esquemas matemáticos, pero apenas había comenzado a interpretarlos en el sentido de sus posibilidades prácticas sociales y a revisarlos desde este punto de vista, cuando la enfermedad y la muerte le arrancaron la pluma de la mano. La solución de este problema, como la de tantos otros, quedaba reservada a sus discípulos, y mi *Acumulación del Capital* no perseguía otra finalidad que la de un ensayo sobre este tema.

Cabía reputar acertada o falsa la solución propuesta por mí, criticarla, impugnarla, completarla, dar al problema otra solución. No se hizo nada de eso. Ocurrió algo inesperado: Los “técnicos” declararon que no existía problema alguno que resolver. Que las manifestaciones de Marx en el segundo volumen de *El Capital* bastaban para explicar y agotar el fenómeno de la acumulación y que en estas páginas se demostraba palmariamente, por medio de los esquemas, que el capital podía expansionarse de un modo excelente y la producción extenderse sin necesidad de que existiese en el mundo más producción que la capitalista, que ésta tenía en sí misma su mercado y que sólo mi rematada ignorancia e incapacidad para comprender lo que es el ABC de los esquemas marxistas me podía haber llevado a ver aquí semejante problema.